



Lucio V. Mansilla

# Goyito

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

## Goyito

A mi hermano Carlos

*La chaleur pour les âmes, comme  
pour les corps, se produit par le  
rapprochement.*

RENAN

En el cementerio Norte de Buenos Aires, entrando, a la izquierda, hacia el fondo, por la parte que mira al ocaso, hay un modesto sepulcro, en cuyo frontispicio se lee:

General Don Lucio Mansilla<sup>1</sup>

Allí están, durmiendo el eterno sueño, los restos de dos viejos, general el uno, soldado el otro; mi padre y Goyito, su asistente; dos afectos ejemplarmente tenaces.

El sepulcro ese lo construyó mi padre para él, en su manía octogenaria de preverlo todo, y no sólo construyó el sepulcro, sino que compró el cajón que debía contener sus huesos después. Y el cajón estuvo ahí muchos años, esperando su huésped y mistificando a los visitantes, que, al transitar por la callada mansión, se detenían ante una reja, miraban al través y leían en una placa de metal: “General don Lucio Mansilla”, que no era ni mi padre, el cual estaba todavía en su casa, sano y bueno, ni vuestro muy atento y seguro servidor, que vuestras manos besa, si sois hombres los que me leéis, o vuestros pies (prefiero esto) si sois señoras, *par la raison très simple*, como decía mi maestro de francés y el de todos mis contemporáneos, el inolvidable Sourigues, de que yo ni era general entonces, ni me había muerto todavía, según sospecho.

Mi padre era un hombre singular y extraordinario, bajo ciertos aspectos. Sus ideas eran propias, originales: sabía todo por intuición o adivinación, y lo que no sabía y se le

---

<sup>1</sup> El dos de Marzo último, centenario del general Mansilla, el director de la *Revista Nacional* depositó en el sepulcro del general una placa de bronce que contiene esta inscripción:

La Dirección  
de la  
“Revista Nacional”  
al  
General Lucio Mansilla  
en su  
centenario – 1789-1889  
Chacabuco. Ombú. Obligado.

La familia del general Mansilla reitera aquí su más íntimo agradecimiento al noble joven don Adolfo P. Carranza, director de la *Revista Nacional*.

explicaba, lo entendía en el acto. Así como él debieron ser los primeros sabios y su ciencia infusa, a no ser que ustedes me prueben que ya había universidades dependientes o autónomas, que para mi gusto son las únicas que algo valen, en los tiempos de Salomón.

Esto no obstante, mi padre tenía sus extravagancias, *vulgo* desviaciones del criterio tonto de la generalidad; pero, como ésta, se equivocaba mucho, por más que a veces alardeara de tener una base de conocimientos científicos, lo que era cierto, como que, en efecto, fue agrimensor diplomado y discípulo de Cerviño.

Y cuando ya se hacía muy viejo, entre sus manías, la más inocente de todas era ésta:

-¿Sabe usted que se ha caído la torre de la Catedral?

-¡Eh!, siempre había yo dicho que esa torre se caería.

¡Pobre tatita! Tenía otra manía, que no era más que una manifestación de su virilidad orgánica.

-¿Conque está usted construyendo un sepulcro?

-Sí, señor: casa para después de morir.

-Y me dicen que tiene usted también el cajón debajo de la cama.

-No, hombre, el cajón está donde debe estar, como si fuera un armario: en el cementerio.

Y agregaba:

-Yo no quiero darles trabajo a mis hijos ni a nadie, cuando me muera.

Así sucedió, en efecto, porque, como si hubiera tenido la doble vista del momento en que moriría, su muerte no nos dio sino profunda tristeza. ¡Oh!, sí, nunca, jamás, el viejo nos dio que hacer.

Fuimos nosotros, todos nosotros, los del primero y los del segundo matrimonio, los que a él se lo dimos, y a Goyito, y a ambos a dos, por activa y por pasiva. Porque en pos de las diabluras nuestras vinieron las de nuestros hijos, que no dejaban títere con cabeza en casa de abuelito, ni en el cuarto de Goyito.

¿Te acuerdas, Carlitos, de aquella semana, que llamaremos terrible, cuando a tatita le había dado por tener gallinas para tomar huevos pasados por agua frescos?

Nuestro pobre Andrés espiaba las gallinas que cacareaban, iba al nido, tomaba los huevos, los cocía clandestinamente, los volvía a poner en el nido sin que lo vieran y nadie caía en cuenta. Y mi padre se exasperaba con Goyito, que era el encargado de preparárselos.

-Mulato del demonio...

-Yo no soy mulato – respondía Goyito...

-¿No eres cordobés?

-Sí, soy cordobés y ¿qué...?

-Entonces, has de saber rezar el Credo.

-Sí sé, ¿cómo no he de saber?

-Pues entonces, ¿cuántas veces quieres que te repita que estando el agua hirviendo se echan los huevos, se reza el Credo y ya están cuando se concluye?

-Bueno, yo no sé cómo hacer – le dijo un día -, aquí parece que el diablo anduviera metido en la cosa.

-¡Qué diablo ni qué berenjenas, hombre! Anda, tráeme la pava<sup>2</sup> de agua hirviendo y un par de huevos y vas a ver...

---

<sup>2</sup> La Academia no admite, hasta ahora, más pava que la hembra del pavo.

Resultado: fiasco completo de mi padre, victoria de Goyito. Tremenda escena de familia, cuyo resultado es que mi padre hace el elogio de una máquina francesa para pasar huevos por agua que ha visto en casa de Isabelita *Amestrón*, como él decía; que sale y compra una; que al día siguiente la ensaya, sin éxito; que le echa la culpa a su impericia, quedándose sin huevos ese día; que al otro día se repite la operación, que el éxito es desfavorable y que pagan el pato, como vulgarmente se dice, los franceses, que el viejo acusa de charlatanes, de explotadores, que nos meten todas esas porquerías por los ojos, como si fuéramos indios; que no hay como el sistema antiguo de pasar huevos por agua, y que ya verán mañana, cuando él mismo hierva el agua en la mesa...

¡Así no hubiera sido que en presencia de los apuros de su abuelo, el nieto no pudo aguantar la risa, descubriéndose el pastel!

Bien, como ustedes lo van viendo, Goyito era parte integrante de mi familia y...cordobés, habiendo empezado su carrera de postillón; pues cuando lo mataron a Liniers en la Cabeza de Tigre, él estaba por allí, y entre muchas otras leyendas, falsas o verdaderas, conocía de *pe a pa* la de la tragedia que arrancó un “CLAMOR”.

Goyito estuvo con mi padre sesenta años; los dos se adoraban y vivían peleando eternamente, porque mi padre abusaba del asistente, y el asistente tenía espíritu de contradicción.

-Sácale punta a ese cuchillo, Gregorio.

Goyito lo ponía más romo.

-Dame el frac azul.

Goyito le daba el negro.

¡Ah!, pero cuando mi padre se vestía de parada, en los últimos tiempos, Goyito salía tras él, codos atrás, arrastrando los pies, brillándole los ojos de enternecimiento, y si alguien acertaba a pasar en ese momento, de seguro que lo detenía para decirle:

-¿Usted conoce a ése que va ahí?...Es el general Mansilla. ¡Qué hombre lindo, amigo!  
¿No?

Por su parte, mi padre decía, como M. Choufleury, siempre que se hablaba de Goyito:

*-Il est très bête, mais il est très fidèle.*

Este juicio no era, sin embargo, completo del todo. Goyito no sabía gramática, ni medir un ángulo, pero sabía de memoria muchas cosas. Así es que, cuando mi padre refería algo que a él le constaba, a la más mínima inexactitud en el relato, ya por reserva discreta o por afasia cerebral, Goyito me hacía una guiñada o una seña, diciéndome, *vení* – me trataba como a hijo y yo le pedía a él la bendición; por supuesto que se la pedí hasta que se murió -, y agregaba:

-¡Pero qué viejo tan mentiroso!, ¡qué me va a decir a mí eso, si yo estaba allí?

Yo, algunas veces, por vía de estudio o de diversión, le hacía mis rectificaciones a mi padre, invocando el nombre de Goyito. Pero el viejo no admitía discusión al respecto, y zanjaba la dificultad con este argumento incontestable:

-¡Ese mulato es un animal y está muy viejo!

Goyito decía poco más o menos lo último de él, en sus expansiones conmigo.

Yo lo exhortaba a la paciencia. Y a veces, y a pesar de todo, solía quedarme perplejo, pensando que era singular que dos testigos oculares no se entendieran.

Después he visto y he oído tanto, que ahora ya sé, aleccionado por la experiencia, que no hay que afanarse mucho en discutir toda la verdad sobre lo que son incidentes o episodios militares, combates o batallas, hechos de cualquier naturaleza.

Sí, ahora ya sé que los hechos históricos y el sitio en que ellos han tenido lugar son como las leyendas y los milagros: no hay que moverlos ni que rectificarlos.

Ya ven ustedes lo que está pasando en este momento: la disputa entre Génova y la Córcega con motivo del próximo centenario (1892) del descubrimiento de América. La pequeña ciudad de Calvi, teniendo por intérprete al abate Peretti, sostiene que allí nació Cristóbal Colón, y no en Génova. Y los genoveses contestan: ¡presenten la fe de bautismo!

Y la disputa no es de tan poco momento, porque admiradores del gran navegante, católicos fervientes como lo era Colón, trabajan con empeño para beatificarlo primero y canonizarlo después. Y esto, tratándose de bienaventurados o de santos, es archinteresante, a no ser que no lo sea el ignorar dónde nacen y dónde mueren los buenos ejemplares humanos.

Y en Roma, y no tratándose ya de hechos remotos, sino modernísimos, un arqueólogo sostiene que los italianos no entraron en la ciudad eterna por la Puerta Pía, donde el 20 de setiembre se celebra todos los años la gran fiesta, sino más allá; que no fue allí donde el cañón abrió la brecha histórica sino en otra parte. Y el populacho de Roma le dice: “¡Oh!, déjese de embromar; por ahí entraron”. ¿Y qué otra cosa han de decir, si eso es lo que les han enseñado, si eso es lo que les han metido en por los ojos?. Y sin embargo, parece que el moderno arqueólogo tiene razón.

Y acá, entre nosotros, ¿no está convencida la mayor parte de la generación actual de que Rozas lo destituyó a San Martín, por ser santo francés, declarándolo patrono de Buenos Aires a San Ignacio, porque era español; siendo así que todo ello no fue más que una invención de las más inofensivas de Rivera Indarte?<sup>3</sup>

Por consiguiente, entre los relatos de mi padre y las rectificaciones de Goyito, me quedo con las de mi padre, salvo los casos en que Goyito, a título de confidente, había presenciado de *visu* y con la imaginación las escenas; pues es claro que si algo de esto mi padre contaba, había de ser con las cortapisas dictadas por el decoro de actor.

Sesenta años, he dicho, y al cabo de ellos me parece que ya era hora de que un servidor devoto, fiel, incorruptible, como era Goyito, le dijera a su patrón:

-¡Ya para mí es suficiente! – y que se fuera a descansar a la otra vida.

Así sucedió: Goyito se enfermó, y aquel cuerpo usado por tantas fatigas y tantas intemperies pagó su tributo a la materia, sin mayor dolor, muriendo tranquilamente, pero pudiendo leerse en la elocuencia muda de su cara acongojada, que se separaba para siempre de su general, de sus hijos y de sus nietos con muchísima pena.

Y no había egoísmo allí, no. Se creía un hombre necesario, indispensable. ¿Qué será de ellos, después de mí? – se decía, no lo dudo -. ¿Quién le dará las friegas? ¿Quién lo vestirá a él, como yo? Y las pocas lágrimas que brotaban de sus ojos no eran arrancadas sino por consideraciones, o por pensamientos, mejor dicho, de esa delicadeza.

Mi padre lloraba mucho por dentro. Era esto conocido de nosotros. El síntoma no fallaba nunca. Se estiraba, echaba los hombros para atrás, y miraba a su alrededor con cierta afectada fiereza. Era un modo de contener las lágrimas. Pero la voz lo traicionaba.

El general hizo, pues, su papel, durante la enfermedad rapidísima y ante el espectáculo del cadáver del servidor predilecto.

Mi padre dispuso todo, y nada se alteró en la casa, sino el aspecto de los que la habitaban o la frecuentaban. ¡Quién no lo quería a Goyito!

Lo llevamos al cementerio, en un cajón como correspondía a su clase.

---

<sup>3</sup> Consulten sobre este punto al paciente investigador doctor Ángel J. Carranza.

¡Sarcasmos del destino! No concurrió mucha más gente al entierro del asistente que al del general. Buenos Aires huía entonces en todas direcciones. Se necesitaba mucho amor para que los que decían quererse no se fueran por distintos rumbos. Pero tanto el general como el asistente fueron enterrados por los suyos y sus amigos. Y uno de los fuertes vínculos que me uniera en otro tiempo a Aristóbulo del Valle fue que él asistió también al entierro de Goyito.

¡Qué escena aquella en el cementerio!

El sitio es ya de suyo tétrico; mas en aquella hora lúgubre, el murmullo de Buenos Aires parecía tan apagado como el de la media noche en día de Viernes Santo, de modo que, hasta con los ojos vendados, habría podido decir un peregrino extraviado:

“Aquí moran difuntos”.

Los operarios, que juegan con las calaveras y las canillas, como los niños con las bolitas y los soldados de plomo, abrieron, con esa facilidad repugnante de su oficio, el cajón, para saturar el cadáver con cloruro de cal...

Goyito parecía un santo en su mortaja, y santo había sido, en efecto, por la pureza de su vida.

Mi padre miraba en torno, con el ceño arrugado, queriendo ocultar la emoción de que era presa.

Yo le observaba, y veía acercarse el instante psicológico: las lágrimas contenidas, que al fin arrasarían, quemándolas, sus tostadas y rugosas mejillas de soldado.

No pudo contenerse: se echó sollozando sobre el muerto, lo abrazó, lo besó, y tuvimos que arrancarlo de sobre el fiel e inseparable compañero de tantísimos años, cuyo camino a la eternidad no tardó en seguir.

Aquellas dos existencias, no me cabe duda, computaban todos los días, sin quererlo, el resto de vida que les quedaba. Un secreto presentimiento debía decirles que en el gran libro del destino estaba escrito que el fin de la una marcaría, en el cuadrante del tiempo, la hora postrera de la otra, no sólo por razón de edad, sino porque ese vínculo misterioso que se llama simpatía es a la existencia lo que dos agujas imantadas entre sí: por la posición de una de ellas se conoce la de la otra.

La percepción sobrenatural no es más que eso, por rara y extraña que esa facultad sea. El lenguaje popular no entiende de *razón suficiente de creer*, pero cuando decimos “el corazón me lo anunciaba”, ¿qué otra ley se cumple, sino la de la simpatía?

Los milagros no son más que fenómenos psíquicos o físiconaturales no explicados.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

